

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1969

S U M A R I O

	Páginas
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato y Junta Directiva	9
Actividades del Instituto durante el año 1968, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	11
ESTUDIOS	
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo xvii, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	17
Las Justas Poéticas en honor de San Isidro y su relación con Lope de Vega, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i>	27
La descripción de Madrid de Diego Cuebbis, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	135
La mayordomía mayor y los festejos palaciegos del siglo xvii, por <i>J. E. Varey</i> ...	145
Datos para las biografías de escritores de los siglos xvi y xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Trigueros y su proyecto de una «Gaceta literaria de Madrid», por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	233
Las duquesas de Alba y de Benavente y la «Caramba», por <i>Antonina Rodrigo</i>	241
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo xviii (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	247
Remembranza de don Leandro Alvarez, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	267
El abastecimiento de Madrid durante el sexenio absolutista (1814-1820). Datos para su estudio, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	283
El Colegio de San Mateo (1821-1825), por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	309
Una arpista madrileñizada: Teresa Roaldes, por <i>José Subirá</i>	365
Los primeros estrenos madrileños de Tamayo y Baus, por <i>Ramón Esquer Torres</i> ...	373
Madrid y el uso del espacio en la literatura española de la posguerra, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	381
La escolarización de enseñanza primaria en Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	391

MEMORIAS Y RECUERDO

Autobiografía de Madrid, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	403
--	-----

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Algunos topónimos urbanos actuales de ascendencia medieval y ochocentista, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	433
Nomenclátor literario de las vías públicas de Madrid (Primera contribución, 2. ^a parte), por <i>José Simón Díaz</i>	443

TEXTOS

Fervorosas alabanzas, y elogios a este Santísimo Iubileo, del qual no ha auido otro exemplar en España, en que se dà noticia, de como la deuota, y nouilissima Congregación de la Virgen Santissima de la Almudena sacò en Procession su antigua, y Sacra Imagen; Aqui se declara en la forma, y con la grandeza, Real aparato, y pompa con que salió, por <i>Francisco de Alfantea, y Cortès</i> .—Transcrito por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	469
---	-----

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	477
--	-----

UNA ARPISTA MADRILEÑIZADA: TERESA ROALDES

Por JOSÉ SUBIRÁ

Vayan por delante unos antecedentes históricos que se remontan a pasadas épocas, porque el arpa fue un instrumento común a diversas civilizaciones, presentando en el transcurso del tiempo formas y dimensiones variadísimas. El «farpa», «harpa» o «arpa» —que ha tomado estas presentaciones fonéticas y ortográficas en el idioma español— se puede ver entre las miniaturas que exornan un códice de las Cantigas de Alfonso el Sabio, y se puede leer en nuestras primitivas obras literarias, como aquel *Libro de Alexandre* atribuido erróneamente a Gonzalo de Berceo. En el siglo XVI Hernando de Cabezón y Luis Venegas de Henestrosa estampan sendos libros con música cifrada para vihuela y arpa indistintamente, porque es el arpa un instrumento usado en la vida religiosa y la social. En el siglo XVII Juan Hidalgo, el eminentísimo arpista de la Capilla Real, es autor de la más antigua ópera española conservada: «Celos aun del aire matan», con letra de Calderón. En 1702 imprimirá Madrid el primer libro musical destinado al arpa exclusivamente, siendo su autor el arpista de la catedral de Toledo Diego Fernández de Huet. Muy avanzado el siglo XVIII decaerá el arpa en la vida social del alto mundo, dado el auge creciente del clave.

Durante la primera mitad del siglo XIX, aquel instrumento recupera su prestigioso interés y se lo cultiva en la «academias» o sesiones filarmónicas del gran mundo madrileño. Uno de los sitios donde alcanzaría relieve mayor, fue aquel Liceo Artístico y Literario fundado en 1837, que tanto habría de influir sobre la vida musical y la vida política de nuestro país, como refirió en sus *Recuerdos del Tiempo Viejo* don José Zorrilla, al decir que de allí habían salido sus socios más notables para las embajadas, los ministerios y los destinos más importantes de la Nación.

En ese Liceo brillaron como intérpretes algunas personas de altísima alcurnia. En su *Historia de la Música española* (volumen IV, 1859) cuenta don Mariano Soriano Fuentes que, siendo menor la reina Isabel II, su madre, la reina Gobernadora María Cristina de Borbón, «más de una vez, en los salones de tan artística institución, las teclas del piano produjeron los más armoniosos acordes, como el arpa los más melodiosos sonidos, bajo la presión de las deliciosas manos de tan augusta profesora».

En 1830 se había fundado el Conservatorio de Música por iniciativa de esta filarmónica dama, cuando aún vivía su consorte Fernando VII. Se dotó con 8.000 reales una plaza de «harpa». En el profesorado figuraba, con 7.000 reales, una plaza de violonchelo, que se adjudicó a Francisco Bruneti, hijo de aquel Cayetano Brunetti que había sido famoso músico y compositor en la corte de Carlos IV y que había fallecido en 1798, mas no en 1808, presa de pánico tras la ocupación de Madrid por las tropas napoleónicas, aunque se repite esto por doquier. También figuraba con 6.000 reales una plaza de profesor de octavín y clarinete, que recayó sobre el acreditadísimo músico de la real Capilla Magín Jardín. Al cotejar aquellos sueldos, se advierte la supremacía concedida al arpa.

Se imprimió en 1892 una «Memoria» que se presentaría en una Exposición Universal de Música y Danza de Viena. Insértase allí una minuciosa lista histórica del Profesorado del Conservatorio, la cual ofrece la particularidad de que sólo menciona a tres profesoras de arpa. Eran sus nombres doña Celestina Boucher, doña Josefa Jardín (sobrina del profesor de igual apellido) y doña Teresa Roaldés. Demos noticias biográficas de todas ellas.

Doña Celestina Boucher —nombrada al crearse el Conservatorio y que sólo permaneció tres meses en aquel puesto— sería la esposa de aquel Alejandro Boucher que durante algún tiempo estuvo al servicio de Carlos IV y se había granjeado gran reputación europea como violinista, pues consta que éste había sido esposo de una arpista muy celebrada en los conciertos públicos de París (capital donde habría de fallecer en 1841) actuando bajo el nombre familiar de Céleste Gallyot, cuando corría el año 1794.

Doña Josefa Jardín brilló en los exámenes del juvenil Conservatorio teniendo una «Fantasía para arpa y variaciones» del maestro Boscha. Había nacido en 1816 y fallecería en 1859. Aprendió aquel instrumento con el caricato bajo de la ópera italiana en Madrid y reputado arpista J. B. Rossi. Actuó por vez primera en público, teniendo sólo trece años de edad, y según refiere Baltasar Saldoni en su *Diccionario de Efemérides de Músicos Españoles*,

aquella niña «causó un fanatismo y al mismo tiempo una grata sorpresa, tanto por la expresión, ejecución y limpieza con que tocaba como por la fuerza y energía que daba a las piezas más difíciles de los arpistas de Francia e Italia, cosa nunca vista ni oída en su época en España... No sólo brillaba por su habilidad en el arpa, sino que también por su extraordinaria hermosura y elegancia; y una vez sentada en el taburete con el instrumento entre los brazos, más que mujer parecía un ser celestial». Profesora desde 1838, Josefa Jardín bajó a la tumba siendo joven aun, después de haber brillado como pedagoga.

★ ★ ★

Doña Teresa Roaldés no tuvo rival como arpista en Madrid tras aquel fallecimiento bien sensible. Ingresó en el Conservatorio, como profesora, cuando corría el año 1858, y desempeñó este cargo durante veinticinco años, cesando por jubilación. Además fue arpista del Teatro Real a satisfacción de todos. Mimada por la corte madrileña, enaltecida por los aficionados del alto mundo y por cuantas personas habían tenido la suerte de asistir a sus actuaciones, probablemente inspiraría a Gustavo Adolfo Bécquer aquella rima donde se hace referencia al salón en uno de cuyos ángulos oscuros dormía el arpa silenciosa y cubierta de polvo. Doña Teresa había vivido en Toulouse y aquí habría de fallecer siendo ya octogenaria. Entre sus discípulas sobresalió por su talento privilegiado aquella dama que se llamaba doña Isabel Espeso (1843-1900). Obtuvo esta dama el primer premio de arpa concedido en el Conservatorio, y tuvo el honor de que la felicitase la reina Isabel II. Fue arpista del Teatro Real y arpista fundadora de la Sociedad de Conciertos en plena juventud. Más tarde contrajo nupcias con el docto historiador y bibliotecario don Antonio Paz y Meliá.

Entre los más entusiastas admiradores de doña Teresa resaltó don Jesús de Monasterio, el eminente violinista, catedrático en el Conservatorio de esta enseñanza y después de la clase de música de cámara, donde contaría con Pablo Casals entre sus discípulos; fundador de la Sociedad de Cuartetos, director de la Sociedad de Conciertos de Madrid, como sucesor de Gaztambide, durante ocho temporadas desde la primavera de 1869; profesor de la Real Capilla, académico de Bellas Artes al crearse por don Emilio Castelar la sección de Música en 1873, investigador musical, director del Conservatorio por espacio de algunos meses y distinguido compositor a quien dio gran celebridad su cantiga morisca «Adiós a la Alhambra» para violín y piano,

producción que entusiasmó a Meyerbeer y de la cual se hicieron variadas versiones instrumentales.

A las sesiones musicales de la Corte y del gran mundo madrileño asistieron doña Teresa y don Jesús, ya como intérpretes ensalzados, ya como concurrentes asiduos. De ella tenemos pocas noticias biográficas, si se descuentan las relacionadas con sus actividades artísticas; pero tres cartas —dos extensísimas— dirigidas por ella a él y guardadas en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, informan que dicha dama debió de venir al mundo en Toulouse hacia 1817, que tenía blancos los cabellos en 1860, que cumplidos ya los ochenta y dos años residía en aquella población y que por entonces sus añoranzas y recuerdos recaían sobre esta arpa que tantos triunfos le granjeara tiempos atrás y que permanecía muda en el hogar de la dueña, así como también sobre aquel suelo español de su juventud y de su madurez. Además sabemos, por referencia de don Jesús, que doña Teresa fue una dama encantadora por la espiritualidad y la cultura, pero sumamente fea, pero su amenísima conversación superaba a los privilegios que hubieran podido tener algunas mujeres tan feas como ella.

Esas tres cartas, sumamente interesantes, se redactaron en un francés, no solo correctísimo y depurado, sino también elegante y seductor. Dos de ellas fueron escritas en el verano de 1860, año en que los aficionados a la ópera pudieron oír en el Teatro Real —lo mismo que ella, la arpista del Coliseo— la novedad del donizettiano *Roberto Devereux*, siendo sus principales intérpretes la decaída soprano Guilia Grissi y el rozagante tenor Mario de Candia. Se fechó la primera de esas dos cartas en La Isabela, es decir en aquel balneario próximo a Sacedón que Fernando VII había convertido en sitio real y que ha desaparecido recientemente para convertir en pantano el terreno. La segunda se fechó en Madrid pocos días después. La última partió de Toulouse para Madrid treinta y nueve años más tarde.

Podríamos reproducir en su idioma original esos textos epistolares; sin embargo creemos preferible ofrecerlos traducidos, limitándonos a reproducir textualmente el comienzo de la carta primera, que dice así:

«Vaut niueux tard que jamais, mi querido y buen amigo! Aussi votre lettre a éte reçue comme l'enfant prodigue de l'Evangile avec une folle joie. Seulement je n'ai pas tué de veau gras en son honneur attendu qu'il n'y a ici que de mouton... Cela vous apprene que je ne suia plus a Madrid, mais a la Isabela ou un charmant oiseau bleu avait fait part de votre santé, de votre retour en Espagne et de vous heureuses impressions sous le toit paternel.»

Sigue aquí la traducción literal de esas tres cartas.

29 de agosto de 1860. Isabela.

Mañana en Madrid, Fuentes, 10.

Más vale tarde que nunca, mi querido y buen amigo. Por esto se ha recibido vuestra carta, como se recibió al hijo pródigo del Evangelio, con loca alegría. Pero yo no he matado vacas gruesas en su honor, por cuanto aquí sólo hay corderos. Esto le hace saber que ya no estoy en Madrid, sino en la Isabela, en donde un encantador pájaro azul me ha dado cuenta de la salud de usted, de su regreso a España y de sus felices impresiones bajo el techo paterno.

Le agradezco que no me haya olvidado usted en esa dulce y tranquila dicha familiar. Cuadra muy bien esa verdadera amistad con estas reuniones, y su corazón, tan fino como su espíritu, le habrá hecho recordar a una de vuestras mejores amigas ausentes. Gracias, mi querido señor Monasterio. Me ha dado tanta alegría su carta que ya olvido vuestra pereza, y ¡ay!, aquellos leves desánimos de corazón que esto me había producido. Y para demostrar a usted que no le guardo ningún rencor, le diré que aquel pájaro azul gracias al cual había tenido yo noticias de usted, era Mme. Orfila, con la cual nos carteamos y a la cual encuentro cada día más encantadora. El 2 de septiembre una arpa cantará victoria en sus salones, como lo he prometido, victoria en su ausencia por los alumnos «virtuosos» que producen miedo, y además, también, por mi regreso a Madrid, ciudad que yo amo por ser mi segunda patria. Verdaderamente no logrará provecho mi corazón si no le ve; pero la victoria cuesta siempre derrotas. Ello no impediría que si llegase usted a tiempo, podríamos tocar nuestro dúo de «Rigoletto» que he estudiado aquí.

Ahora, si yo debiera referir a usted los mil episodios de mi vida en este balneario, harían falta varios volúmenes. Vine aquí resuelta a vivir como un ermitaño, con el «spleen» de la sociedad. Busqué una vivienda aislada y daba paseos sin nadie. Esto sólo duró quince días, pues mi arpa me traicionó y luego fue preciso tocar delante de todos. Se improvisaron salones de follaje florido, porque las personas inteligentes se pusieron de acuerdo para rendirme un homenaje. Se organizaron fiestas en mi obsequio, ágapes sobre el césped, pescas sin peces, carreras de burros, dulces, flores, aplausos, encantadoras sonrisas de los más bellos ojos del mundo. Creo que las más hermosas muchachas españolas han venido a La Isabela. Queriendo yo superarme, les hice bailar los más sutiles aires de danza; y estaban tan satisfechas, que no salían de mi hogar. Los mariposones que para abrazarse buscan la luz, revoloteaban con éxito en medio de este enjambre femenino; y yo me lavo las manos por las bodas que aquí se podrían preparar.

Uno de los más bellos días festivos fue aquel en que se ponía el sol serenamente detrás de un cerro, y la luna le dejaba hacer, apacible como siempre. En una meseta de aquellos jardines reales estaba Teresa Roaldés con su arpa. La tañía gustosamente al aire libre y perfumado. La rodeaban, primeramente, blancos trajes femeninos; al punto se aproximaron guapos mozalbetes, y tras ellos todos los habitantes de La Isabela, incluso gitanos. Por unos momentos me creía una safo, y en las apagadas cenizas de mi corazón buscaba un ser amado por si me inspirase la parodia de la muerte en el monte Leucade; pero me abstuve de arrojarle al vacío, lo cual me proporcionará el placer de estrechar a usted su mano cuando me encuentre otra vez en Madrid.

Lo mismo que a usted, a mí la felicidad me abruma. Sin embargo yo no me dedico a la caza, y sólo mato a mi pobre espíritu, que aquí se muere con estas conversaciones banales y estas sonrisas indiferentes de las visitas interminables. En fin, mañana volveré a Madrid.

Pienso con gusto que va a sonar la hora de los verdaderos y gratos amigos como usted, las señoras Orfila y algunas personas más. Adiós, mi querido señor Monasterio.

¿Contestará usted esta carta? La pereza es la herrumbre del corazón. ¡Tantas otras cosas corroen este pobre corazón mío, fuente de todas las alegrías, que bien vale la pena de dominarse!

Mis respetos y amistades para vuestras damas Antonia y Adela, y también para usted. Adiós. Adiós.

Suya afectísima.

Thérèse Roaldés

II

Madrid, septiembre de 1860.

Señor y amigo mío:

¡Cuanta alegría me ha dado su carta! Es tan gentil y espiritual, tan caballerosa a lo don Quijote, que no quiero dejar pasar un solo día sin contestarla.

Por otra parte, yo no me enfadaré si su conversión epistolar es sincera; ¿y hasta qué punto mantendrá usted la tentación de regresar pronto a Madrid? Debo prevenirle que no le perdono la respuesta a la presente carta.

He aquí lo que se gana lisonjeando a los amigos. Una coloca su indigno nombre tras aquel de la gran Sevigné. Les hace perder el juicio y ellos acaban siendo fastidiosos a fuerza de querer ser amables.

¿No advierte usted que sus conversaciones íntimas con las codornices y las perdices y con los sencillos pobladores del campo le han predispuesto a la indulgencia? Yo sólo soy una codorniz civilizada y nada a propósito para comer.

No es menor mi gratitud por las amables cosas que usted me refiere ¡Oh! De haber estado usted en La Isabela, los salones de follaje se habrían transformado en palacios encantados y las deliciosas hadas que vinieron para oírme habrían perdido sus varitas mágicas. Para la tranquilidad de todas ellas ha sido preferible que usted permaneciera en sus bosques solitarios.

No. Yo no subo en la escala social. Eso para mí sería descender. No abandonaré mi testa la guirnalda de solterona que mira el mundo con desdén y que debe amar Dios como ama las de los mártires. Los poquísimos mariposones que acudían para revolotear ante mi luz tienen frías las alas; muy pronto han visto que se habían equivocado de sol. ¿Qué quiere usted? Acostumbrada, como estoy, a que me estimen a fuerza de incensarios, ahora me encuentro muy bien con estos alejados homenajes. Además de ser más poéticos, pasan por alto la blancura de mis cabellos. A todo esto usted me va a responder: «¿Y el corazón... el corazón?» El corazón se consume en el amor y vive en la amistad. No me gustan los incendios y prefiero vivir para escuchar sin distracciones una bella ópera, el violín de usted y la conversación de Mme. Orfila.

A propósito; lamentamos profundamente que usted estuviera ausente el domingo. Su nombre se pronuncia frecuentemente con matices tan graciosos como tiernos. Al preferir usted las codornices, resulta un horrible ingrato. Mandé mi arpa al hogar de estas señoras, y las estimo cada día más, sobre todo, adoro a la madre. Es ella la mujer que hubiera soñado si perteneciese al género *noble*, como ha dicho un insolente gramático. Su hija es encantadora también; pero aún demasiado joven para valer tanto como ella.

En Madrid no hay novedades. Tampoco hay vergeles, ni ágapes sobre la yerba, ni mariposones. Hasta la luna y el sol se han hecho desagradables, pues no consiguen ser bondadosos. Alternan los días ardientes y los días fríos. La pasada noche me despertó de mi primer sueño un terremoto. Todo ello les produce a los pobres madrileños reumas y «spleen»; como ninguno tiene por amigo a un Monasterio al cual escribiría con tanto gusto como yo, los compadezco con toda mi alma.

Soy bien suya y hasta pronto, mi querido señor.

Thérèse Roaldés

P. D. Mil amistades a vuestras damas. Lo mismo que a usted, a Adela y a Antonia.

III

La tercera carta, escrita cuando habían transcurrido unos cuarenta años, dice así:

Toulouse 20 de enero de 1899.

Estoy encantada de vuestra amable carta y de la amistad que la misma expresa, y quiero corresponder con otra carta mía. ¡Llevaba tantísimo tiempo deseando escribirle! Pero estoy muy torpe; mi mano tiembla y mis ochenta y dos años hacen muy difícil mi correspondencia.

Gracias por sus votos; a mi vez le ofrezco los míos repletos de ternura y de felicidad para la señora Monasterio y para sus hijas. El día de su santo recé por usted y pienso frecuentemente en aquellos tiempos felices que yo era su subordinada y le hacía rabiar. Tenía mucho miedo de interpretar mal sus producciones y ese miedo me paralizaba entonces.

Ahora ya no doy notas falsas. Mi arpa está en el salón muda como una carpa. No vivo mal al presente. Reunida con una prima hermana que me cuida y algunos amigos, disminuye mi deseo de ir al cielo todavía. En el jardín que tengo bajo mis ventanas me paseo diariamente tres cuartos de hora. Pienso en mis queridos españoles y en esta desgraciada España, que tanto estimo.

Por si usted pudiese hacer algo en el Conservatorio para mi «apoderada» González y Sypson (Antonia), se las recomiendo.

A mi ilustre director de orquesta que estimo con todo mi corazón, le envío el más firme testimonio de amistad y fidelidad inviolable.

Thérèse Roaldés

* * *

Para epilogar este artículo recogeremos sucintamente las noticias que sobre La Isabela suministró Pascual Madoz en un tomo de su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, publicado trece años antes de aquel en que se escribieron las precedentes cartas. Fue La Isabela «balneario y real sitio llamado vulgarmente de Sacedón, que estaba situado en un pequeño valle de la Alcarria, a la margen del río Guadiela. El monarca Fernando VII, por consejo de su segunda consorte Isabel de Braganza, estableció allí un sitio real, cuya construcción comenzó en 1817 y terminó en 1826, denominándose desde entonces «real sitio de La Isabela». Acudieron a ese balneario personas distinguidísimas, y las casas destinadas a ellas tuvieron varias categorías. Aquellas de primera clase constaban de una sala, dos alcobas, despensa o alcoba para criada, cocina y común, proporcionándose allí todo el menaje y servicio necesario por el importe de ocho reales al día. Los jardines, muy floridos, tenían fuentesillas y estanques.

Sobre el ambiente social de La Isabela durante el verano dio Teresa Roaldés las noticias epistolares que hemos vertido a nuestro idioma y que además acogen espontáneas manifestaciones del cariño que esa gran arpista sintió por España en general y sobre todo por este Madrid, considerado por ella como su segunda patria.